



Los oficiales griegos de la Guardia Nacional —protagonistas del golpe de Estado que derribó a Makarios— son miembros del Ejército helénico. En las academias militares se les dice, desde siempre, que Chipre es un territorio irredento que habrá de volver un día a la madre patria. En la foto, tanques de la Guardia Nacional vigilan la entrada del hotel Hilton, en Nicosia.



El cálculo del golpe ha fallado en un punto: la intervención turca. Turquía ha considerado que la gravedad del caso requería el desafío a los Estados Unidos e incluso el riesgo de una guerra generalizada con Grecia. Durante el bombardeo de la aviación turca quedó destruido el hospital psiquiátrico Athalassa, de la capital, cuyas ruinas vemos en la fotografía.

PELIGRO EN EL MEDITERRANEO

cálculo ha sido erróneo. El Gobierno ha sido destituido: ya no hay ministros civiles (se ha ido Andrutopoulos, primer ministro), pero se rumorea que cuando esta tormenta pase, quizá haya un nuevo golpe que castigue a los responsables; o quizá que se vaya a un Gobierno civil blando: Se cita al conservador Karamanlis como primer ministro, y hasta se habla de la posibilidad de una restauración de la Monarquía y un regreso de Constantino, que podría estar patrocinado por el sector Nixon-Kissinger (y por el kennedysmo, desde luego) en los Estados Unidos. En cambio, Turquía puede apartarse más de los Estados Unidos, si se considera víctima de un golpe americano, y avanzar hacia un neutralismo que se rumorea sordamente desde hace años y que sólo ha podido ser contenido por la fuerza.

QUEDA, naturalmente, la peor solución: la de la guerra, la del enfrentamiento entre griegos y turcos, la del enfrentamiento mayor entre soviéticos y americanos. No parece que esté en la lógica, pero la lógica y la política no tienen por qué ir unidas. Estaríamos entonces en una crisis mundial bastante grave, que recordaría en mucho la del Caribe en 1973, sólo que en una zona mucho más peligrosa: en el polvorín mediterráneo, cerca de las fronteras soviéticas, en una zona geográfica cuajada de bases atómicas. Y ya sabemos la facilidad que tienen los Estados Unidos para declarar la alarma atómica cuando ello conviene a su política. ■

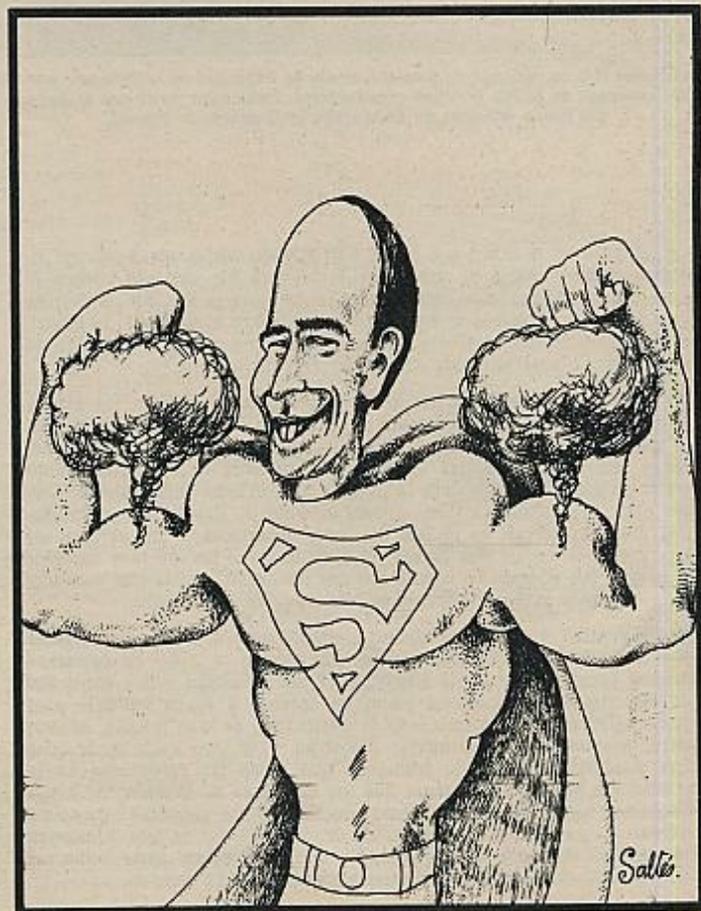
Prolifera la bomba atómica

OTRA VEZ EL MIEDO

HACE unos años, la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos hizo un experimento. Contrató dos jóvenes físicos recién salidos de la Facultad, les prestó un pequeño computador y unas docenas de libros de los que se encuentran en las librerías normales y les encargó que diseñaran una bomba atómica. A los seis meses, el proyecto estaba terminado y era correcto. Con los planos realizados por los físicos inexpertos y el material suficiente, la bomba podría haber sido fabricada. Incluso el computador podía haber sido sustituido por unas buenas máquinas calculadoras, y la biblioteca, por un tomo de la Enciclopedia Americana, donde se describe la teoría de la fabricación de la bomba minuciosamente en un artículo hecho por un antiguo jefe de investigaciones del Pentágono. La bomba atómica está al alcance de todos. La dificultad está todavía en el material. Y el material se

va diseminando por el mundo con fines declaradamente pacíficos.

Al alcance de todos... La India ha efectuado su primera explosión nuclear. La nación que se considera más afectada por una amenaza india, Pakistán, advierte que nada la retendrá ya para continuar sus investigaciones: ha recibido ayuda de China, y la seguridad de que la bomba china estará a su servicio si la India la emplea contra Pakistán. La preocupación llega al Irán, y el Sha ha adquirido reactores nucleares en Francia y otros en Estados Unidos. Los Estados Unidos van a facilitarlos a Egipto y a Israel: de Israel se dice que quizá haya fabricado ya armas atómicas sin necesidad de haberlas experimentado nunca —esto es, sin que ninguna explosión de ensayo las haya denunciado—. Hay bombas nucleares diseminadas por todo el mundo. Los Estados Unidos tienen, además de las depositadas en sus grandes arsenales secretos,



unas cuarenta mil armas nucleares en el mundo; sólo en Europa, unas siete mil. A veces se pierden. Una cayó cerca de Palomares, se rompió y diseminó plutonio; costó millones de dólares limpiarlo (las otras tres que llevaba el avión fueron recuperadas intactas). Otras cuatro cayeron y fueron recuperadas en Groenlandia; pero una que cayó sobre Carolina del Sur no se ha encontrado nunca, ni otra que cayó con un avión de la Navy en el Pacífico (datos del «Herald Tribune», 10 de junio).

Una medida destinada a Europa

El miedo a la guerra atómica va poco a poco reapareciendo. Hay razones para ello. No hace diez meses aún que el Presidente Nixon decretó una alarma atómica en todas las bases como consecuencia de la situación del Oriente Medio. Era, sin duda, una medida política, destinada a Europa más que a la URSS, incluso a advertir a su país, cazador de Presidentes, que el riesgo no ha terminado, sino que está siempre presente. Carecía de la suficiente credibilidad. Pero la hubiera tenido unos días después si se hubie-



Va siendo tiempo de reanudar las marchas de la paz, los congresos de la paz, de recoger la idea del pacifismo, que en los últimos tiempos ha sido desprestigiado incluso por aquellos que antes la mantuvieron. (Jóvenes noruegos, en una «sentada» frente a la Embajada de USA en Oslo, organizada hace algunos años en protesta contra la reanudación de las pruebas nucleares.)

sen realizado los esfuerzos psicológicos suficientes o si hubiera habido un designio real por cualquiera de las partes en litigio de endurecer la situación. En realidad, la acción tan calculada de Nixon ha podido rendir un servicio a la Humanidad: el de que no hay que bajar la guardia, y que el miedo a la bomba si se sabe canalizar, puede ser eficaz.

Apenas apareció la primera llamarada del terror atómico —la brutalidad de Hiroshima— se hizo ya el cálculo del miedo como factor positivo. El «Times», de Nueva York, escribía al día siguiente de Hiroshima: «La civilización y la Humanidad no podrán sobrevivir desde ahora si no se produce una revolución en el pensamiento político de los hombres»; y el «Sunday Dispatch», de Londres: «Se puede alimentar la esperanza de que el miedo y el horror cumplirán lo que la sabiduría y la moral no han conseguido realizar hasta ahora: evitar las guerras». Eran frases proféticas. El sendero del miedo no se produjo con eficacia hasta que la URSS consiguiera a su vez la bomba y fabricase su arsenal. Ha sido un camino duro, muy duro. Ha dejado atrás girones de ideología, de esperanzas, de proyectos. En Occidente —en los Estados Unidos y sus provincias—, el esquema se produjo así: una inmensa satisfacción al saber que se tenía el arma absoluta; el pánico total cuando se supo que la tenían los soviéticos; este pánico produjo una reacción fascista en Estados Unidos —el tiempo de McCarthy— y una serie de fascismos —dictaduras, tiranías con el sello de «defensa de las libertades»— en los países satélites o satelizados; la «revolución en el pensamiento político de los hombres» se hizo real, se crearon los congresos para la paz, las manifestaciones, se expandió la gran ideología pacifista de la juventud («hippies», «yippies», etcétera) y se llegó a la coexistencia; la guerra de Vietnam hubo de ser abandonada, y la de Oriente Medio, sucesivas veces contenida.

La elección de un mal menor

Esta acción del miedo ha sido positiva, pero no enteramente satisfactoria. No es en realidad una revolución mental, sino la elección de un mal menor. Está acompañada de grandes frustraciones, como la del designio imperial de los Estados Unidos. O como la esperanza de liberación mundial revolucionaria de pueblos y clases oprimidos, que la esperaban del internacionalismo proletario de la URSS. Han vuelto a surgir los nacionalismos estrechos y los revolucionarismos locales. Pero en cada una de esas dos grandes cabezas de serie que son

La Capilla Sixtina

LA CAPILLA SIXTINA

He soñado que les preguntaba a los de TRIUNFO si esta semana podía hablar de "La prima Angélica" y me contestaban que no tienen ninguna gana de que vengan los bomberos.

—Pero si sólo iba a decir que no entiendo por qué ha dejado de proyectarse: si como castigo a los autores del atentado o como castigo a los autores de la película.

—Pues nada. Eso no lo dices tú en una Capilla Sixtina.

—Ni hablar —corea alguien desde el fondo.

—Y es que tú te crees que en esta revista sólo va tu sección.

—Se lo tiene muy creído —sigue coreando el del fondo.

—Bueno. Pues hablaré de lo de "El Cordobés".

—Ojo. A ver: ¿Qué vas a decir de eso?

—Voy a pedir que le indulgen.

—Nada. Ni una línea. Tú no escribes una Capilla Sixtina pidiendo eso. ¿Pero de dónde sales, Sixto? ¿En qué país te crees tú que vives?

—En Argüelles.

—Y encima de guasa. Pues no señor, que estás tú muy equivocado. Vives en Numancia.

—Bueno. Pues escribo una Capilla Sixtina sobre Numancia.

—Ni una indirecta a los "ultras". Ni una.

—Si sólo quería pedir que

me dieran un carnet de corresponsal extranjero.

—¿Lo habéis oído?

—Está desmadrado este hombre.

—Sixto, que "tiés" madre.

—Ya lo sé, y a vosotros os encontré en la calle. Pero, bueno. Ea. Escribiré sobre la madre.

—¿Sobre qué madre?

—Sobre la madre española.

—No.

—¿Por qué?

—Pues porque te vemos venir y vas a minar el pilar de nuestras instituciones.

—Que no mino nada. Que yo soy muy partidario de la madre. Que siempre he sido muy enamorado. A ver si aún os vais a meter con mi madre.

—Nosotros no...

—Que no os metéis con mi madre, vamos.

—Pero Sixto, no te pongas así.

—Es que no se puede aguantar.

—Anda, hombre, escribe sobre "La prima Angélica".

—Ahora no quiero.

—Pues escribe lo que quieras y sobre lo que quieras.

—Quiero escribir sobre la madre.

—¿Qué madre?

—La del cordero.

—Eso sí que no. Sixto, se te aprecia, ya te puedes poner como te pongas, pero de la madre del cordero tú no hablas.

Me he despertado sudando y dispuesto a escribir otra Capilla Sixtina. ■

SIXTO CAMARA

OTRA VEZ EL MIEDO

los Estados Unidos y la URSS, como en cada uno de sus seguidores, una serie de personajes ni siquiera han aceptado la idea de mal menor o de necesidad imperiosa. La imagen de la «guerra resolutiva», que acompaña al hombre desde que se enfrentaron por primera vez nómadas y sedentarios, a pesar de su falsedad históricamente visible —nunca una guerra ha resuelto definitivamente una situación sin engendrar la guerra futura, y cada una en una magnitud superior a la anterior, en progresión geométrica—, está todavía sostenida por muchas personas de las que ocupan puestos dirigentes en el mundo. Otra categoría es la de aquellos que no creen realmente en que la guerra sea posible, pero que estiman que se debe actuar como si fuese a estallar mañana y prepararse para ella, bien porque su tensión personal política —su propia administración del miedo— se lo inspira así, bien porque comparten el más enriquecedor invento de la sociedad de consumo, el de la fabricación de armas y la industria militar en general.

Estas personas encuentran su mayor fuerza en el campo abonado de las frustraciones políticas. Y una inmensa facilidad en el abandono del miedo, de la vigilancia, por parte de las poblaciones mundiales. La obligatoriedad de la coexistencia está produciendo ahora el final de los fascismos disfrazados o visibles de la posguerra y un regreso al idealismo democrático de 1945, todavía cauteloso y muy matizado por el capital, que ha hecho sus grandes beneficios durante la guerra fría y ahora se está acomodando a las nuevas condiciones del «consumismo en libertad». Los maximalismos tratan de recuperar el terreno perdido, sienten la nostalgia de las ideas absolutistas de hace unos años, cuando la contracción del miedo agudo todavía hacía posibles las creencias de regímenes «para siempre» o «para mil años». Por eso, en muchos países, a partir de los propios Estados Unidos, pero sin olvidar a los que están a la cola de los dragones imperiales —quizá los intermedios lo llevan con mayor suavidad—, se producen contradicciones a veces agudísimas entre formas totalitarias y formas libertarias. Un mismo país puede conocer prohibiciones severas y formas libres simultáneamente, con lo cual ambas parecen absurdas y sin razón real ninguna. El mundo, y los países, parecen ahora desgobernados; los intereses personales de los gobernantes aparecen más descarnadamente que nunca —Nixon—, sin siquiera el revestimiento del bien común, que era su túnica antigua, y se reflejan en un comportamiento de los individuos. El miedo comien-

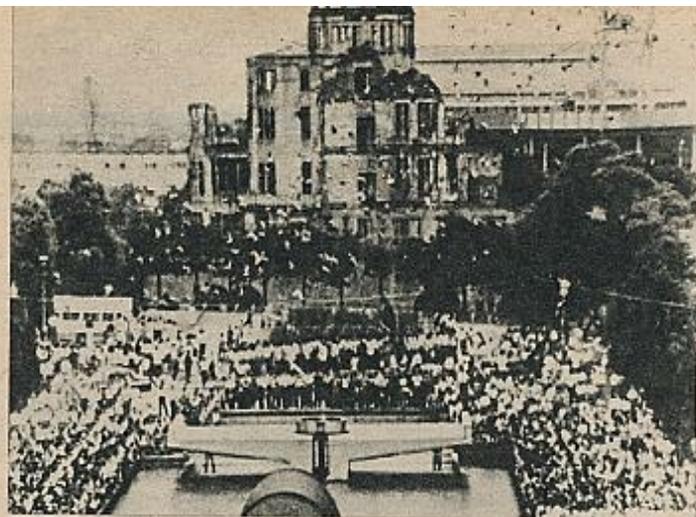
za a aparecer como concurrencia, como miedo de unos a otros; se está desactivando su carga positiva.

«La locura del hombre»

Es esta serie de contradicciones la que impide que los pasos positivos que se dan signifiquen avances reales, progresos auténticos. Las recientes entrevistas entre Nixon y Breznev han fallado en conseguir un acuerdo permanente y definitivo sobre prohibición de pruebas nucleares, la Conferencia de Seguridad europea está continuamente retrasada, aguada en sus principios; la construcción de Europa se ha desmoronado, la paz de Vietnam no existe en la realidad y las de Oriente árabe no se establecen. Advertimos que son cosas que existen y no existen al mismo tiempo, tejidos de Penélope que se hacen de día y se deshacen de noche. La paz de Vietnam es probablemente el ejemplo más curioso de este ser y no ser simultáneo: coronada incluso por la concesión de unos Premios Nobel, firmada y sellada, sigue existiendo como guerra en los campos de batalla.

La desactivación del miedo de las poblaciones se ha realizado por medio de la costumbre. Hemos aceptado con alguna facilidad que el equilibrio del terror es un hecho por sí mismo. El hombre ha trasplantado a creencias nuevas su antiguo reposo en lo sobrehumano, en lo que ha de ser o lo que está «escrito». El miedo de las poblaciones sufrió una peligrosísima derivación en ese sentido cuando una serie de manipulaciones le hizo creer que la bomba era un elemento sobrehumano y dependía de la obnubilación de un Presidente, el error de una computadora, la locura de un general o la distracción de un piloto. Toda una literatura popular, de ciencia-ficción o de política-ficción, le llevó al desplazamiento de la idea del terror: en lugar de atribuirlo a un grupo de intereses representados por unos gobernantes, lo atribuyó a «la locura del hombre» —como se está haciendo ahora con los problemas ecológicos—, con el fin de fortalecer en él una fe paternalista en los gobernantes, cuya solidez de nervios y su gran sabiduría podrían salvarle de lo sobrehumano.

Las viejas marchas de la paz sabían muy bien a quién se dirigían, dónde podía estar la responsabilidad real y sobre quiénes tenían que influir para evitar que la bomba estallase sobre sus cabezas. Más tarde ha ido desapareciendo tanto esta acción sobre los gobernantes como el miedo difuso del que se valieron (como



Apenas apareció la primera llamarada del terror atómico —la brutalidad de Hiroshima— se hizo ya el cálculo del miedo como factor positivo. (En la foto, celebración religiosa celebrada en esa ciudad japonesa en recuerdo del lanzamiento de la primera bomba atómica.)

los padres que asustan al niño con el lobo para revalorar su figura de salvadores a cambio de un buen comportamiento: comer y dormir a sus horas y ser permanentemente obedientes). Las poblaciones se han ido acostumbrando a que la guerra atómica no existe, a que es «imposible». Y el motor de defensa está paralizado. Las preocupaciones del mundo de Occidente se dirigen hacia la escasez de energía, a la inflación, a la dialéctica de entendimiento con el Tercer Mundo, a la ordenación democrática y sus dificultades, hacia el gran fantasma ecológico.

Cierto que la nuclearización pacífica se presenta hoy como amenaza, y las páginas de esta publicación no han omitido nunca la expresión de los riesgos que ofrece esa nueva forma de energía, desde el problema del calentamiento de los ríos y los problemas que suscita (desaparición de ciertas formas de vida, incubación de bacterias nocivas) hasta la posibilidad de diseminación del plutonio. Ningún país del mundo ignora hoy ese tipo de riesgos o de certidumbres. Como los generales al hacer entrar en batalla sus tropas, calculan ya el número de muertos (en Estados Unidos, con una población de 300 millones de habitantes en el año 2000, habrá medio millón de muertos por cáncer, de los cuales una docena de personas lo adquirirán por el uso de la energía nuclear; a esos muertos designados, muchos de los cuales han nacido ya, se los da por sacrificados) y lo consideran rentable. En países con menos garantías técnicas y científicas que los Estados Unidos, el número de muertos será proporcionalmente mayor, y mayor también el destrozo de la fauna fluvial y del entorno terrestre.

Reanudar las marchas de la paz

Sin embargo, un riesgo muchísimo mayor, que hoy no tiene ya la suficiente difusión, es el de la guerra nuclear, reducida o ampliada. Podrá producir muchos más muertos en un relámpago que los de las centrales nucleares y otras agresiones ecológicas en varias centurias. Las pequeñas noticias

van acumulándose. Francia ha hecho estallar en la atmósfera una nueva bomba nuclear a mediados de la semana pasada, Gran Bretaña reanudó sus pruebas con una explosión en Veeda hace un mes, los arsenales de la URSS y de los Estados Unidos no cesan, la bomba china es operacional, Argentina ha firmado un pacto con la India para asistencia nuclear mutua (en vida de Perón, con Indira Gandhi), lo cual puede modificar el contexto geopolítico de Hispanoamérica...

Será muy extraño si las generaciones más jóvenes de hoy no llegan a conocer una explosión nuclear localizada sobre algún país —población civil o frente de guerra: la bomba tiene pocos límites— en el mejor de los casos. La carrera parece incontenible. Sin embargo, lo es. Parece necesario que las poblaciones mundiales vuelvan a sentir hoy la presión del miedo, y que sepan canalizarlo: que sepan forzar a sus gobernantes a llegar a una verdadera contención de los ensayos nucleares, a una paralización en la construcción de armas nuevas y, finalmente, a una destrucción de los arsenales. No parece que esté inscrito en la determinación de la Historia, y para quienes crean en ello, que va desde la piedra arrojada y tallada para ser más ofensiva a estos proyectiles atómicos de cabeza múltiple que están almacenados esperando la orden de partir. El desarme es una idea de este siglo: tiene todavía poca entidad para contrarrestar la idealización del arma de los milenios precedentes. Sin embargo, en los años cuarenta-cinco, la presión de las poblaciones pudo evitar varias veces una guerra nuclear que parecía ya como inevitable (el puente de Berlín, la nacionalización de Suez, Corea, Vietnam, la rotura del pacto de Bagdad, la crisis del Caribe); los gobernantes supieron entonces que no podían contar con sus pueblos para una aventura nuclear. Va siendo tiempo de reanudar las marchas de la paz, los congresos de la paz, de recoger la idea del pacifismo, que en los últimos tiempos ha sido desprestigiada incluso por aquellos que antes la mantuvieron. Será la única forma de evitar la agresión masiva a las poblaciones. ■

Los Contem pora nEoS

CLASE DE LECTURA

Invité a cenar al viejo amigo: ¡Tantos años sin vernos! "Gracias, no cenó nunca". "¿Es que no te interesa la política?". "Me nutro de otras fuentes... ¡Leo los periódicos!". Siempre fue un hombre de gran originalidad. "Yo—confesé— los leía... Pero hace algún tiempo me cansé. Comencé a

dejar de entender...". "Están, sin embargo, en castellano". "Sin duda, sin duda...". "Lo que pasa es que hay que releer, fijarse bien. Desde luego, lo que los periódicos cuentan no es para el vulgo, sin que quiera confundirte a ti con él. Mira: déjame que te dé una lección práctica mientras saboreo un vaso de leche descremada. Aquí tengo este ejemplar... Cuenta la sesión de la Sección Primera del Consejo Nacional, donde se estudiaba el documento de desarrollo político. Verás, te iré traduciendo. El presidente abre la sesión. Después habla la ponencia, y explica que la base de las discusiones está clarísima: demostrar la capacidad de innovar que tiene el Régimen para adelantarse a la sociología. Seguro que lo entiendes. El problema estaría en que la sociología se adelantase al Régimen. ¡Pero no va a pasar! 'Lo que pasa es que los consejeros no pueden incurrir en ninguna clase de revisionismo', seguita diciendo la ponencia. Y empieza el debate. El señor Labadie Otermin es consejero, pero no pertenece a la Sección Primera; lo explica bien para, a continuación, hacer sus sugerencias. Lo que él quiere es fortalecer nuestra democracia orgánica, que luego llamará democracia social orgánica, que será reforzada por las asociaciones políticas. 'Si se hiciera al revés—dice— se produciría una subversión de valores...'. "¿Si las asociaciones políticas estuvieran fortalecidas por la democracia social orgánica sería una subversión de valores?". "¡Eso es!" —exclamó, satisfecho de mi capacidad de comprensión—. Es lo mismo que sucede, según el señor Labadie Otermin, con el documento básico: sus seis puntos le parecen buenos, pero no están colocados en su debido orden". "¡Una subversión!". "Exacto. Hablaría después don Miguel Primo de Rivera. Explica que la palabra adecuada no le gusta nada, y que, sin embargo, la prefiere a la de actualización. Mira si está claro lo que dice al hablar de la adecuación de la doctrina del Movimiento: 'Me da miedo hablar de actualizar una doctrina que quizá no se conoce bien...'. 'Te diría que yo, personalmente...'. 'Deja, deja tus objeciones para el final. El consejero Garicano Goñi está conforme con el documento, pero le parece que presenta vaguedad de conceptos y está falta de so-

luciones". "Entonces, ¿cómo está de acuerdo con el documento?". "En principio, sólo en principio. Por eso quiere que se defina bien el asociacionismo para los españoles que acepten los Principios Fundamentales". "Es que, verás, precisamente yo...". "¡Pues no te asocias, y en paz!

Pero no interrumpas. Hay un consejero que se llama Adán, que pide que el documento dé una imagen del desarrollo político total y coherente". "¿Sólo una imagen?". "¡Naturalmente! Un documento no es el desarrollo, es un documento. Y le sigue el consejero Pedrosa Latas. Dice que acepta el documento, pero se queja del reglamento. Y no se explica la negativa al revisionismo del señor Ortí Bordás. A él le parece que lo único que no es revisable es la Ley de Dios". "Es que yo, personalmente...". "Aquí le ataja el presidente: 'El documento viene de una instancia superior, y el Consejo no puede debatir si es pertinente o no el tema de la revisión constitucional...'. "¿Y por qué no le explicó eso al consejero que se negaba a la revisión en lugar de al que la pide?". "No se le ocurriría en ese momento. No hagas objeciones tonas. Aquí vino a hablar el consejero Emilio Romero, que quiere que antes de nada se haga un diagnóstico de nuestra sociedad. El texto del documento podría resultar decepcionante; en el texto podría aparecer una perplejidad sobre Movimiento unitario y movimiento plural". "Perplejidad que no te oculto, yo mismo, entre otras muchas...". "No quieres hablar más que de ti mismo, qué majadero... Mira, a don Emilio le parece que el texto no tiene el empaque doctrinal suficiente. Pero aquí viene otro consejero que dice que está de acuerdo con el documento y con don Emilio Romero. Siempre hay eccléticos en todas las Cámaras, y son muy útiles. A don Marcelino Oreja le parece que el documento no toma posición sobre el pluralismo del Movimiento ni se expresa con claridad sobre las asociaciones políticas. 'Pero éste es un documento marco', contestará la ponencia, el señor Ortí-Bordás. He aquí la palabra clave que nadie había dicho: marco, un documento marco. ¡Lo ilumina todo! Y la discusión acabará con el aroma de vaguedad. Y mira el final, qué hermoso y qué rotundo, cuando el presidente, nada menos que el señor Fueyo Álvarez, pregunta a todos si se toma en consideración el documento para su discusión, y todos contestan que sí, que se toma...". "Y si hubiesen empezado por ahí, ¿no se habría ahorrado todo el debate?". "¡Pero eso sería una subversión de valores!". Yapuró su vaso de leche descremada. Estaba feliz. ■

POZUELO